

humilló y se anonadó, como se explica el Apóstol. El mismo Salvador fué quien nos delineó el plan de la vida cristiana, señalando todos los caminos, y entre ellos ninguno señaló que no esté lleno de valles oscuros y sombríos. Las cumbres son para el mundo, y para los atestados de su espíritu. *Aprended de mí* (dice el Señor) *que soy manso y humilde de corazon*. Pero la humillacion que nos enseña es la del corazon, no la de puro entendimiento; y esa humildad de corazon no es otra, propiamente hablando, que el amor á los desprecios. Ni esta importante leccion la dirige precisamente á los religiosos; dirigela á todos los cristianos, á todos sus discípulos, á los grandes del mundo, á los dichosos del siglo, á los sabios, á los ricos, á los ancianos, á los jóvenes. ¿Pero los cristianos de nuestros tiempos están muy adelantados en esta ciencia práctica? ¿Aman los desprecios tanto como los Santos los amaron? Ninguno hay en el cielo que no se señalase en el amor á sus abatimientos.

¡O Dios! ¡y cuan distintas fueron de las nuestras las máximas de los Santos! ¿Es nuestro espíritu el mismo que el suyo? Pero sin embargo la religion es la misma, la doctrina la propia. Muchos misterios encierra esta palpable contradiccion. Llegaron los Santos al término de su carrera; ¿y llegaremos nosotros al mismo, siguiendo camino tan opuesto?

¡Ah, Señor! ¡no consulteis, ni á mi corazon, ni á mi repugnancia natural! Humilladme, abatidme cuanto fuere de vuestro agrado, con tal que os digneis hacerme misericordia. Me es necesaria la humillacion, y si por mi cobardia no la amare, haced á lo menos que la acepte con resignacion.

JACULATORIAS. — Mucha cuenta me ha tenido, Señor, que me hayais humillado. (*Psalm.* 118.)

Sostenedme, Señor, en mis abatimientos, segun lo habeis prometido. (*Ps.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Se temen, se aborrecen las humillaciones, y no se teme la condenacion eterna, que ciertamente es el mayor y el mas vergonzoso de todos los abatimientos. Nuestro orgullo es el origen de todos nuestros desórdenes, y tarde ó temprano causa la muerte del alma. ¿Qué remedios no se aplican para curar un absceso? No se perdona al hierro y al fuego; admítense con gusto los mas amargos, los mas desabridos, como se consideren eficaces. Esta virtud tiene respecto del orgullo la humillacion: es

amarga al amor propio, no hay duda; pero es un soberano específico para curar la inflamacion interna del corazon, por la cual el hombre se abulta á sí mismo, y concibe una magnífica idea de su persona. La humillacion le reduce á su justa medida, y haciéndole bajar de aquellas alturas en que se le anda la cabeza, pone límites á la ambicion, moderando sus deseos. Ama un medio tan eficaz para hacerte feliz. Si no tienes valor, ni virtud para solicitar los abatimientos, por lo menos no vuelvas las espaldas á los que se te presentan: estimalos como señal cierta de la particular bondad con que te mira el Señor, y dale gracias prontamente con alguna breve oracion. Es loable costumbre la de rezar el *Laudate Dominum omnes gentes*, cuando nos sucede algun abatimiento; y guárdate siempre de prorumpir ni en la mas leve queja.

2 Siéndonos tan provechosa la humillacion, ¿qué razon habrá para que no tengamos por amigos aquellos de quienes se vale Dios para enviarnosla? Háganlo por pasion, ó háganlo por inadvertencia, siempre debemos amar la mano que nos cura, aunque nos abrase. Cuando el remedio es eficaz no se repara en que sea amargo. No hay mayor injusticia que mirar con malos ojos á los que nos humillan: si fuera licito tener aversion á alguno, debiera ser á los que nos exaltan, pues contribuyendo á nuestra perdicion, no parece debiéramos quedarles muy obligados. ¿Te ofendió, te abatió, te humilló alguno? Pues trátale con mas cariño, dedícale á servirle con mayor cuidado, y deja que gruña el amor propio todo lo que quisiere: mantente firme en esta práctica, porque no la hay mas segura para hacer grandes progresos en la perfeccion. Frecuentemente nos volvemos contra nuestros concurrentes, contra nuestros superiores, contra nuestros preladados cuando nos sucede alguna humillacion; hacemos muy mal. ¿Y por qué no nos volveremos contra nuestra insuficiencia, contra nuestra tropelia, contra nuestro poco espíritu, contra nuestra estupidez, que nos acarreó aquel abatimiento, mil veces merecido por otros muchos motivos? ¿Cosa estraña! Todos confesamos buenamente que á los ojos de Dios somos despreciables; y nada sentimos tanto como ser efectivamente despreciados.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN VIDAL, mártir, en Ravena, padre de los santos Gervasio y Protasio, el cual por haber enterrado con el debido honor

el cuerpo de S. Ursicino, fué preso por orden del cónsul Paulino, y despues de haberlo atormentado en el potro, lo echaron en una profunda hoya cubriéndolo de tierra y piedras; con este martirio entregó el alma al Señor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA VALERIA, mártir, en Milan, mujer de S. Vidal. (*Véase la vida de S. Vidal.*)

SAN MARCOS, en Atina, el cual ordenado obispo por el apóstol san Pedro fué el primero que predicó el Evangelio á los Equicolanos en la Pulla; y en la persecucion de Domiciano, siendo Máximo presidente, alcanzó la corona del martirio.

EL MARTIRIO DE SANTA TEODORA, virgen, en Alejandria, la cual rehusando sacrificar á los ídolos, fué puesta en un lugar infame para violarla, del cual con el favor de Dios la sacó inmediatamente uno de los fieles llamado Didimo, habiendo cambiado con ella el vestido; despues fueron ambos degollados recibiendo juntos la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano, siendo presidente Eustracio.

LOS SANTOS MÁRTIRES AFRODISIO, CARALIPO, AGAPIO Y EUSEBIO, en el mismo día.

SAN POLION, mártir, en Hungría, en tiempo del emperador Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES PATRICIO, obispo, ACACIO, MENANDRO Y POLIENO, en Prusa de Bitinia.

SAN PRUDENCIO, obispo y confesor, en Tarazona de España. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PAMFILO, obispo Valvense, en Pentina, ciudad de Prusia, esclavizado por su caridad para con los pobres, y por el don de milagros; su cuerpo está depositado en Sulmonia.

SAN VIDAL, MÁRTIR.

SAN Vidal, tan célebre en todo el orbe cristiano, y singularmente en Milan, fué de ilustre y antigua familia. Algunos le hacen padre de los santos mártires Gervasio y Protasio: lo cierto es que él y toda su familia eran cristianos. Mas por no habersele ofrecido ocasion oportuna de declararse, y de hacer pública profesion de su fe, se contentaba con asistir, consolar y socorrer á los fieles, sirviendo á éstos de ejemplar y de modelo su ajustada vida; y aun á los mismos gentiles causaba admiracion su honradez y su bondad.

Habia servido de oficial en los ejércitos del emperador, y se habia distinguido en las funciones. Así por el grado que tenia en el ejército, como por el mucho papel que hacia en la ciudad, habia contraido estrecha amistad con el cónsul Paulino, enemigo mortal de los cristianos; pero en medio de su ojeriza, muchas veces los habia perdonado por respetos de Vidal, cuya intercesion juzgaba ser mero y simple efecto de aquella su bondad natural, que sin distincion de personas se estendia á todos los in-



S. VIDAL M.

felices. A favor de esta reputacion, y del gran crédito que tenia, hizo á los cristianos muy importantes servicios: visitábalos por el dia en las cárceles y en los calabozos, socorriendo sus necesidades, y de noche salia á visitar y á consolar á los que estaban escondidos en las cavernas y entre los peñascos.

Teniendo Paulino que hacer un viaje á Ravena, quiso que su amigo Vidal le acompañase. Era en tiempo del mayor furor de la persecucion; y pareciéndole que su presencia podia ser de tanto servicio y consuelo á los cristianos de Ravena, como lo habia sido á los de Milan, consintió en la jornada. Al entrar en la ciudad tuvo noticia de que un cristiano, médico de profesion, llamado Ursicino, á quien conducian al suplicio, atemorizado con la vista de los tormentos, de las uñas de hierro y del ecúleo, titubeaba en la fe. Parecióle que habia llegado la ocasion en que era preciso declararse, y que tenia estrecha obligacion de ir á alentar á aquel pobre cristiano, á quien el miedo de la muerte estaba ya para precipitar en la mas infeliz apostasia. Encendido de zelo, deja al cónsul arrebatadamente, corre al lugar del suplicio, y halla medio vencido á Ursicino; rodeábale una catterva de paganos, que ya casi le tenian persuadido á sacrificar á los ídolos. Rompe, atropella, hácese lugar Vidal por medio de la muchedumbre; y comienza á gritar luego que pudo ser oido: «¿Qué es esto, Ursicino? generoso confesor de Cristo, ¿qué es esto? ¿Al fin del combate te acobardas? ¿tienes la corona entre las manos, y por un vano temor quieres dejarla caer de ellas? Has llegado despues de tantos trabajos al fin de tu carrera, ¿y en el mismo instante que vas á triunfar te retiras? ¿temes media hora de tormentos, y te vas á precipitar en las llamas eternas, que son todos los suplicios? ¿es posible que quien ha sabido dar la vida corporal á tantos, quiera él mismo irse por su pié á la muerte eterna? Vuelve á animar tu fe, hermano mio carísimo, alienta ese pobre espíritu, y lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor, por cuyo amor das la vida, consume generosamente tu sacrificio.» Fueron tan eficaces estas palabras, que sin vacilar un punto Ursicino, confesó á Cristo con mas valor que nunca, y fué coronado del martirio. Quiso Vidal rendirle por sí mismo los honores de la sepultura; y hecho esto, comenzó á disponerse para la corona que le esperaba.

No podia ignorar el cónsul lo que habia pasado habiendo sido un lance tan ruidoso. Fuéle á buscar á su casa y hablándole como amigo, le dijo: *¿Has perdido el juicio, ó te has vuelto insensato? porque á menos de estar loco, ó de ser tú mismo cristiano, no es posible hicieses el disparate que hiciste. ¿Qué dirá*

el pueblo, y qué pensará el emperador? El emperador, respondió el Santo, pensará que soy cristiano; el pueblo ya dice bien claro que lo soy, y confieso que hago gran gloria de serlo. Tú, Paulino, no trates esto de locura, antes bien reconoce, como estoy seguro que tu buen juicio y gran capacidad no puede dejar de conocerlo, que la mayor locura, y la mayor insensatez es adorar por dioses á unos malvados que no merecian ser hombres. Ni hay mas que un Dios, ni puede haber mas, y este único Dios es aquel á quien adoran los cristianos, por cuyo amor tienen á mucha dicha el morir.

Mientras hablaba el Santo estaba Paulino cortado y como mudo; por una parte amaba á Vidal, prendado sumamente de su bondad, de su honradez, y de su buen entendimiento, por otra parte le hacia gran fuerza su ejemplo, y lo que acababa de oírle; pero venciendo la pasión á la razón, mandó que le prendiesen por cristiano, y que como tal fuese desposeido de todos sus títulos y honores.

No se puede explicar el gozo de que se vió inundado el corazón de nuestro Santo: fué tan grande, que no cabiendo dentro del pecho, rebosó por el semblante. Dábase á sí mismo mil parabienes cuando se vió cargado de cadenas, y mezclado en la prisión con otros muchos cristianos. Su presencia redobló el valor de aquellos generosos mártires, y con sus exhortaciones hacia todos los dias alguna nueva conquista. Perdiendo el juez Paulino la esperanza de pervertirle, mandó que le atormentasen en el ecúleo con tanta crueldad, que se tuvo por milagro que saliese vivo de aquel tormento; descoyuntáronle todos los huesos, desgarráronle los costados con uñas aceradas, tan inhumanamente, que horrorizados hasta los mismos verdugos, no tuvieron valor para llevar mas adelante su barbaridad. Apenas tenia aliento Vidal, y le sobraba espíritu para predicar á Jesucristo en medio de los tormentos. Enfurecido el tirano á vista de la invencible constancia de nuestro Santo, y rabiosamente irritado de verse vencido, mandó que le condujesen al mismo lugar donde se había hecho la ejecución de Ursicino, que se erigiese en él un altar, y que si no quisiese sacrificar á los dioses del imperio, fuese enterrado vivo en el mismo sitio del altar. Llevaron al Santo como en triunfo al lugar del suplicio, y siendo cada instante mayor su firmeza en confesar á Jesucristo, le arrojaron en una profunda fosa, donde cubierto de piedras y de la tierra, fué á recibir en el cielo el premio debido á su fidelidad el dia 27 de abril del año de 172 segun Baronio. Luego que espiró nuestro Santo entró el demonio en el cuerpo de un sacerdote de Apolo, que era el que



S. PRUDENCIO O.

mas habia encendido al juez contra él, y le atormentó de manera, que ni de dia ni de noche cesaba de gritar: *Atórméntame, Vidal; abrásasme, Vidal*; hasta que al séptimo dia, no pudiendo sufrir el fuego que le consumia las entrañas, se arrojó en un rio, y se ahogó.

Hay en Ravena una de las iglesias mas magnificas del mundo cristiano dedicada á nuestro Santo, y fundada en el mismo sitio en que es tradicion fué su glorioso martirio. Consérvanse sus reliquias en un magnifico sepulcro, y una parte de ellas se venera en la Isla, en Bolonia y en Praga.

El mismo dia es la conmemoracion de Sta. Valeria, mujer de S. Vidal, que volviendo de Ravena á Milan, despues del glorioso martirio de su marido, fué cruelmente asesinada en el camino por unos paisanos, que la quisieron obligar á comer de las viandas que estaban consagradas á los idolos; pero como respondiese que era cristiana, y que tenia horror á todo cuanto estuviere dedicado á los dioses falsos, la apalearon con tanta crueldad, que llevada á Milan medio muerta, rindió su bienaventurado espíritu dos dias despues, y es reverenciada como mártir.

SAN PRUDENCIO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Prudencio, uno de los obispos célebres que han brillado en la iglesia de España por su eminente virtud y particular don de tranquilizar discordias, nació en Armentia, pueblo de la provincia de Alava junto donde ahora está la ciudad de Vitoria, dotado con todas las disposiciones de naturaleza y gracia, que hasta hoy nos dan á conocer su mas espresivo carácter. Sus padres, poderosos en los bienes del siglo, pero mucho mas esclarecidos por su fe y piedad, procuraron criar al niño segun el espíritu de la religion cristiana, é imprimir desde luego sus máximas en su tierno corazon, á las que siempre correspondió fielmente, no perdiendo de vista el sólido principio del santo temor de Dios. Aplicado á la carrera de las letras, como tenia un ingenio penetrante, y era incesante su aplicacion, acompañada de estas bellas cualidades con una propension natural á todos los ejercicios de devocion, se dejó ver en su juventud sobresaliente á todos sus coetáneos en ciencia y virtud; distinguiéndose sobre todo en la particular gracia de componer las discordias de sus convecinos, y en una asombrosa caridad, privándose no pocas veces del propio alimento por socorrer á los pobres necesitados.

Encendido en vivisimos deseos de servir á Dios en el desierto,

retirado de los peligros del mundo, se ausentó á los quince años de edad de su patria, padres y parientes como otro Abraham, tomó su rumbo hácia el rio Duero, y descansando la primera noche de esta espedicion en una cabaña de pastores, toda la empleó en divinas alabanzas, y en instruir á aquellos hombres rústicos en los misterios de la religion. Despedido de ellos en la mañana siguiente, se dirigió á la Sierra Blanca: hospedóse en la segunda noche en un molino á las riberas del Duero, donde oyó hablar con el mayor elogio de un eremita, célebre en toda aquella region por su prodigiosa vida, y eminente santidad. Alegre Prudencio con semejante noticia, partió á otro dia al amanecer al lugar, donde tomó las señas de la habitacion del solitario; pero viendo que estaba á la otra parte del rio, lleno de sentimiento, imploró el auxilio de Dios, buscando los medios mas esquisitos para pasar el torrente. Salió el eremita á la puerta de la cueva á bendecir al Señor, segun tenia de costumbre, al aparecer el sol; y notando el empeño del jóven, conolido de que incautamente se pudiera anegar, le dió voces para que desistiese de aquella temeridad. Pero apenas oyó Prudencio sus ecos, lleno de confianza en Dios, sin temer el peligro se arrojó sobre las aguas, y pasándolas sin hundirse ni mojarse los pies, y subiendo á la gruta con velocidad, se postró á los pies del siervo de Dios.

Admirado Saturio (así se llamaba el eremita) de aquel grande prodigio que acababa de ver, se arrojó en tierra con el jóven, insiendiendo ambos con humildad sobre su respectiva bendicion; pero no pudiendo vencer á Prudencio el eremita, le levantó del suelo, y entró de la mano en su oratorio, donde dieron juntos gracias al Señor. Esploró Saturio la voluntad del jóven; y conociendo por el exámen su verdadera vocacion, le recibió por discípulo. Adelantóse tanto en poco tiempo en el camino de la perfeccion, que el mismo Saturio le veneraba como maestro, notando en él, lleno de asombro, los progresos de los mas ancianos anacoretas. Siete años se conservó Prudencio en compañía de aquel venerable, manteniéndose ambos con yerbas silvestres, empleando todo el discurso del dia y de la noche en alabanzas de Dios, altísimas contemplaciones, y santa conversacion; hasta la muerte de Saturio, cuyo cadáver sepultó en aquella abertura, dejando memoria de su santidad y de los años que vivió aquella vida, en una inscripcion latina que dicen haber puesto allí de su mano, y es como se sigue: *Aquí descansa el siervo de Dios, Saturio, que despues de haber vivido XXXVI años vida eremítica, esclarecido en milagros durmió en el Señor á los LXXV de*

edad el dia 2 de octubre en la era 606 (que es el año de Cristo 568.)

Pensando Prudencio en el rumbo de vida que tomaria, inspirado de Dios, á quien jamás perdió de vista, se condujo á la ciudad de Calahorra, donde con sus sabios consejos y zelosa predicacion redujo á no pocos distraidos de la fe al conocimiento de la verdad. Incorporado en el clero de aquella iglesia por Sancho, obispo de ella á la sazón, manifestó desde luego el fondo de su gran sabiduria y eminente virtud, siendo en su inculpable vida la admiracion de toda la ciudad. Pero como á la fama de su santidad y repetidos prodigios concurriesen de los pueblos y castillos vecinos muchos enfermos á conseguir la apetecida salud por la poderosa intercesion del siervo de Dios; no pudiendo sufrir su profunda humildad la veneracion y aplausos que todas las gentes le tributaban, se ausentó secretamente de Calahorra, y pasó á la ciudad de Tarazona, donde se agregó al sacristan de aquella iglesia para ayudarle en el ministerio; contentándose con semejante destino, aquel que con el tiempo habia de ser el mas esclarecido pastor de la misma iglesia. Muerto el sacristan, se le concedió el oficio, y fué promovido á los órdenes sagrados, cuyas funciones dispensó con tanta justificacion y edificacion, que habiendo fallecido el arcediano, se le confirió aquella dignidad condecorada por entonces con las mayores prerogativas y mas amplias facultades; dejándose en ella ver como un fiel dispensero de las rentas eclesiásticas, y un ministro el mas zeloso de todos los cargos de su deber.

Cuando Prudencio se hallaba ocupado en las funciones de su dignidad á satisfaccion de todo el clero y pueblo por su exactitud y justificacion, proclamado digno de mayores ascensos; ocurrió la muerte del obispo de Tarazona, y habiendo inspirado el Espíritu Santo á muchos que se hiciese la eleccion de prelado en el Santo, al dia séptimo de vacante aquella cátedra todos los ciudadanos desde el mas mínimo hasta el mayor clamaron á una voz que recibiera Prudencio el ministerio episcopal, porque era el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, el alivio de los enfermos, y el refugio de todos. No pudo resistirse á la voluntad de Dios, bien clara en tan visibles pruebas, y confiado en la gracia del Señor que le eligió, sujetó sus hombros á la pesada carga de tan alto ministerio, cuyas funciones dispensó por muchos años, venerado como padre y santo pastor de su pueblo, á quien surtió con los saludables pastos de celestial doctrina, sin omitir medio alguno que pudiera contribuir al alivio de todas sus necesidades y urgencias, tanto espirituales, como temporales.

Ocurrieron ciertas controversias entre el obispo de Osma y su clero; y como Prudencio brillaba en la singular gracia de tranquilizar discordias, llamado para establecer la paz entre aquel prelado y súbditos, pasó á Osma, animado de aquel santo zelo, que siempre fué el móvil de sus gloriosas acciones, y al acercarse á la ciudad, sucedió el prodigio de tocarse las campanas por sí, permaneciendo en un tono festivo, hasta que el Santo se postró ante el altar á hacer oracion. Consiguíose el fin deseado por medio de este ángel de paz; pero habiéndose retirado á descansar al tercer dia de su estancia en aquel pueblo, despues que satisfizo sus acostumbradas devociones, fué asaltado de un tan grave accidente, que apenas pudo llamar á los clérigos que le acompañaban. Ocurrieron éstos á la novedad, y viendo el peligro en que estaba, le administraron el Viático. Recibióle el santo prelado con tanta ternura y devocion, que movió á lágrimas á todos los circunstantes, á quienes manifestó el tiempo de su muerte; y preguntándole su arcediano Pelagio, ¿donde elegia sepultura? como vivió siempre sujeto en todo á la voluntad de Dios, le respondió: *Pelagio, mi Señor Jesucristo sabe donde mi cuerpo ha de ser sepultado, yo te ruego y mando, que pueste mi cuerpo sobre la mula en que he acostumbrado montar, le des sepultura donde ella pare.*

Murió en efecto en el dia y hora que habia prefijado; y habiéndose suscitado discordia entre el clero de Osma y el de Prudencio, sobre la retencion de su venerable cadáver, para sosegar la contienda les ofreció Pelagio fuese de aquellos que le pudiesen mover con facilidad. Agradó la proposicion á los de Osma, y conduciéndose en solemne procesion el féretro, no lo pudieron mover aunque insistieron todo el discurso de un dia y una noche en el empeño; quedaron convencidos por tan visible prueba, de que no era voluntad de Dios quedase el tesoro en aquella ciudad. Libre ya el clero de Prudencio de todo impedimento, pusieron el cuerpo del Santo sobre la mula segun su disposicion, y la dejaron marchar sin director alguno. Caminó todo el dia el animal, y habiendo descansado al tiempo de ponerse el sol, juzgando Pelagio que seria aquel lugar el elegido para el sepulcro, queriendo deponer el cadáver no pudo conseguirlo. Volvió la mula á caminar á otro dia antes de romper el sol por parajes escabrosos; y habiendo pasado el arroyo de Lecia, que se junta en Soria con el rio Duero, comenzó á subir por una sierra encumbrada y fragosa llamada *Laturcense*, que hoy dia se dice *Clavijo*, y separándose hácia la parte derecha donde estaba una cueva, entrándose en ella se arrodilló é hizo pausa.

Depuso entonces Pelagio el venerable cuerpo, y dió sepultura en aquel sitio donde se fundó una iglesia dedicada á S. Vicente, la que despues tomó el nombre de S. Prudencio, y habiendo sido antiguamente convento de canónigos, se trasladaron á el en el año 1181 los monges Cistercienses.

Sobre la posesion del cuerpo de S. Prudencio, se controvierte reñidamente entre los de Nájera y Clavijo, ambos con poderosos documentos: los de Nájera, despues de la traslacion de sus reliquias á aquella iglesia por D. García, rey de Navarra, en el año de 1052, alegan tenerle, fundados en las concesiones de Crebruno, arzobispo de Toledo, de 1175, y en las de los obispos Asnar y Bibiano de Calahorra de 1246 y 1277, que así lo dan por supuesto. Los de Clavijo se atienen al diploma del rey D. Ramiro del año 856, donde con motivo de la victoria que consiguió en Clavijo de los moros, hizo donacion á la iglesia de S. Prudencio de varias posesiones, suponiendo allí la existencia de su cuerpo, y á los privilegios de D. Sancho de Navarra, despachados en 1064 y 1065, por los que concedió al templo del Santo, en uno el monasterio de Nalda, y en otro los diezmos del valle de Arnedo. Pero toda esta empenada controversia parece que se puede conciliar con conceder parte considerable del cuerpo del Santo á ambas iglesias, tomando la parte por el todo, cosa muy frecuente, segun dice Baronio año 761, en estos casos, hablando de la traslacion del cuerpo de S. Estéban.

En señalar los años del pontificado de S. Prudencio hay alguna variedad entre nuestros historiadores; algunos aseguran que floreció en los tiempos de Diocleciano, y que fué este el santo obispo que en Zaragoza dió sepultura á Sta. Engracia y á los diez y ocho ilustres cristianos que á principios del siglo iv padecieron en aquella ciudad. Los autores de las Vidas de los Santos solo dicen que floreció antes del año 846.

La Misa es en honor de S. Vidal, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor todopoderoso, que los que celebramos el nacimiento al cielo de tu bienaventurado mártir Vidal, seamos por su intercesion fortificados en el amor de tu santo nombre. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduria, y la misma del dia xiv, pág. 226.

REFLEXIONES.

Estarán en pié los justos con gran constancia: *Stabunt iusti in magna constantia*. En este mundo los malos, por lo comun, llevaron el mejor partido, sobresalieron, triunfaron, brillaron, mientras los justos vivian abatidos, humillados en una despreciable oscuridad. Parece puesto en razon, que habiéndose mudado la condicion de unos y de otros, se mude tambien de tono, y que muden de lugar. Es el mundo la region de las pasiones: éstas reinan en él con fiereza y con imperio: todo cede al poder de los mundanos. La virtud, como extranjera, no puede hacer fortuna; no se entiende su idioma; no se toma gusto á sus máximas, porque son enteramente contrarias á las del mundo: parece que se la hace merced en acordarse de ellas aun solo para ser asunto de zumba y de diversion. Se hace gran burla de su modestia, de su circunspeccion, de su recogimiento, de aquella regularidad de costumbres, de aquella severidad, de aquella aspereza de vida. Toda la defensa de los buenos se reduce á un religioso silencio, á una muda paciencia. Ningun mundano se atreve á volver por ellos. A la verdad, su mismo porte es su mejor apologia; pero ésta no se oye con el tumulto del mundo y con el ruido de las pasiones. La mayor parte de los escogidos de Dios vive entre el polvo, y muere en la oscuridad, mientras un gran número de libertinos insulta á la virtud hasta el fin de la vida; bien que en la postrera hora los mas la hacen justicia.

Stabunt iusti; pero al fin á cada uno le ha de venir su vez. Hay un tribunal en que los justos han de ser oidos, en que se les ha de hacer justicia, porque encuentran con un juez íntegro é imparcial. Abogará por ellos no solo su propia conciencia, sino tambien la de los mundanos. Allí se presentarán con la mayor confianza: aquellos hombres tan oscuros, tan humillados y tan tímidos se dejarán ver con desembarazo y con despejo, porque su religion los autoriza, y el mismo Dios será su esfuerzo y su apoyo. ¿Y qué se ha hecho de aquellos hombres tan vanos, de aquellos espíritus tan orgullosos, de aquellas damas tan fieras? Apoderóse de ellos el miedo, cubriéronse de vergüenza, su descamino los llenó de confusion: *Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur*. Quedarán atónitos, pasmados y aturdidos al ver, al acordarse de la felicidad de los santos. Pues qué, ¿es posible que aquellas personas tan retiradas, aquellas mujeres virtuosas tan desatendidas, aquellos pobres tan olvidados, aque-

llas personas religiosas que mirábamos como enterradas, aquellas almas devotas, de quienes hacíamos tan alto desprecio, que nos complacíamos en hacerlas ridículas, y en reírnos á su costa; aquellos hombres de virtud, á quienes el mundo trataba tan mal, y que eran la fábula, la diversion de sus conversaciones: *ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*; ¿esos son aquellos que allí están agregados al número de los hijos de Dios? ¿esos son aquellos que vemos allí constituidos ya objeto de la pública estimacion y veneracion? ¿esos son aquellos, cuya herencia es el cielo, cuya porcion es Dios, cuya suerte es la de los santos, *et inter sanctos sors illorum est*? Sí; *hi sunt*: ellos son; y esta es la suerte de aquel hombre consumido de trabajos, de aquel pobre oficial tan maltratado, de aquel hombre de bien, de aquel hombre virtuoso oprimido. *Nos insensati!* ¡Cuál fué nuestra locura! ¡cuánta fué nuestra insensatez! De esta manera, tarde ó temprano se hace justicia á la virtud. Así discurrirán algun dia ese jóven atolondrado, ese hombre sin religion, esa mujer embriagada del espíritu del mundo, que temen hoy hacer estas reflexiones, ú oirlas desde los pulpitos, porque no inquieten, no perturben su condenable seguridad: *Nos insensati*. ¡Cruel confesion á quien espera el fin de la vida para hacerla! Conocer la imprudencia, cuando puede corregirse, es prudencia verdadera; pero conocer el descamino, cuando ya no puede enmendarse, es desesperacion.

El Evangelio es del cap. 13 de S. Juan, y el mismo que el dia XIV, pág. 229.

MEDITACION.

De la infinita duracion de las penas del infierno.

PUNTO PRIMERO. — Considera que por terrible que sea la imagen con que nos representamos el infierno; por espantosa que sea la idea que formamos de aquella desgraciada infeliz eternidad; todo cuanto podemos concebir es poco, es casi nada respecto de lo que ella es en sí verdaderamente. Un conjunto, una union, una complicacion de todos los males en supremo y superlativo grado. Dolores sin intermision, tormentos sin límite, arrepentimientos sin medida, duracion sin fin, eternidad, infinidad de suplicios. Todo esto se halla en el infierno; pero el infierno todavía añade alguna cosa mas terrible, mas espantosa que todo esto.